

sis supremas en la vida de los pueblos, en que las naciones y los gobiernos, incompatibles y animados por dos espíritus irreconciliables, no pueden libertarse ó de la insurreccion ó de la tiranía. El clero y los frailes españoles, que habian servido admirablemente á la causa de la independencia, se colocaban ahora al lado de la monarquía absoluta: aliados naturales de un trono que habian dominado eternamente, enemigos de la libertad que destronaba la Inquisicion y que en su primer acto emancipaba las conciencias. Los calabozos de la Inquisicion rehusaban sus víctimas al juicio de los tribunales civiles. Los mismos obispos, sospechosos de tolerancia y de sentimientos liberales, gemian bajo los cerrojos del Santo Oficio, y hasta el rey no se atrevia á negar á la venganza de este tribunal, aquellos mismos cuya inocencia y adhesion á su persona le eran conocidas.

La Rusia, por celos contra la Inglaterra, favorecia secretamente con sus consejos este sistema de terror del rey Fernando, á quien habia estimulado á elevar en crédito y en favor á un hombre salido de las filas mas ínfimas de la domesticidad de la córte, leal de corazon, pero de limitado entendimiento, y cuyo celo y actividad aliviaban al rey del peso de su corona. La dificultad de llenar el tesoro real en un pais sin industria y sin comercio, agotado por diez años de guerra encarnizada, movió á Fernando y á su favorito á concebir una expedicion decisiva, cuyo objeto era reconquistar y pacificar por la fuerza de las armas la América española, disputada entonces entre los vireyes de Fernando y los gobiernos independientes que aquellas colonias apartadas se habian dado durante la usurpacion y las luchas de la madre patria. Ugarte, ministro íntimo y personal del rey para los preparativos de aquella expedicion, subordinó en lo que concernia á los preparativos á todos los demás ministros. Las fuerzas navales y militares de la monarquía fueron reconcentradas en Cádiz, puerto de donde debia salir la

escuadra para llevar á la América la voluntad irresistible de la España. El general O'Donell, conde de Labisbal, de una de esas familias irlandesas católicas, que hicieron de la España su patria adoptiva, y el cual tenia tres hermanos, generales como él, que mandaban otras provincias, recibió del rey el mando general del ejército expedicionario, reunido en Cádiz y en los pueblos inmediatos.

XXII.

Pero O'Donell fluctuaba á merced de los acontecimientos y de los partidos. Apenas llegó á Cádiz, recibió las revelaciones de los gefes del ejército afiliados en las sociedades secretas; los escuchó al parecer favorablemente, y de este modo reconquistó para con los liberales la confianza que habia perdido, y protegió con su silencio y su tolerancia el enganchamiento que para una revolucion se estaba verificando en las filas del ejército. Otro general, Saarsfield, segundo de O'Donell, y amigo del infelizmente Lacy, recibió las mismas revelaciones, y juró vengar á Lacy reconquistando la constitucion, por la que éste y Porlier habian muerto. Pusieronse al parecer de acuerdo O'Donell y él para insurreccionar en dia señalado á sus cuerpos en favor de la causa comun; pero sea que la connivencia de Labisbal y Saarsfield con los oficiales conspiradores de sus ejércitos no fuese mas que una astucia para conocer las opiniones de sus subordinados, ó que aquellos dos generales, juzgando prematuro el movimiento, quisieran dejarlo estallar á medias para mejor aplazarlo ó sofocarlo en seguida, el resultado fué que apenas proclamaron algunos regimientos la constitucion, se reunió O'Donell con Saarsfield para atacar á los insurrectos, cogió *in fraganti* á todos los coroneles y oficiales comprometidos ó sospechosos que habian tenido la impru-

dencia de pronunciarse, y los envió presos á las fortalezas. Tranquilizada y satisfecha la corte con este acto ostensible de vigor por parte de O' Donnell, le recibió como al salvador del trono y le retuvo en Madrid. El ejército, dislocado un momento, y retirado de Cádiz por precaucion del gobierno que no queria entregar una plaza fuerte á los azares de una rebelion, fué acantonado bajo las órdenes del general Calderon en la isla de San Fernando.

XXIII.

Sin embargo, la prision de los oficiales, gefes de la conjuracion, no habia hecho mas que animar el ardor de los numerosos conjurados del ejército, los cuales siguieron conspirando con el mayor sigilo y nombraron por su general al coronel Quiroga, cómplice de Porlier y de Lacy, y preso en aquel momento en la isla de Leon. Arco Agüero, encerrado por la misma causa en el castillo de San Sebastian de Cádiz, fué nombrado por ellos gefe de estado mayor. Don Rafael del Riego, amigo de aquellos conjurados, y ardiendo en deseos de dar la libertad á su pais, fué el alma y la mano de la nueva conjuracion. La España es el pais de las conjuraciones atrevidas y largo tiempo fraguadas entre millares de iniciados, acaso porque la Inquisicion haya amoldado los caracteres al misterio, á la sangre, y la naturaleza á la audacia y á la venganza, que son los dos guardianes del secreto prometido. La mayor parte de los oficiales y sargentos del ejército sabian el dia en que debia estallar la revolucion, pero ninguno la revelaba. Estalló el 1.º de enero de 1820, á la voz de Riego y de los oficiales de su batallon en las Cabezas de San Juan, donde estaba acantonado el regimiento de Asturias. El pueblo respondió con gritos de júbilo y de entusiasmo. Aquel mismo dia marchó Riego

sobre Arcos, cuartel general del ejército, donde arrestó por su propia mano al general en gefe Calderon y su estado mayor, y logró que se le unieran algunos batallones. Entretanto el coronel Quiroga, que se habia escapado de su prision, marchaba contra Cádiz á la cabeza de algunos batallones sublevados. La ciudad de Jerez se pronunció tambien en cuanto entraron las tropas de Riego, y Saarsfield tuvo que fiar su salvacion á la fuga. Arrastrado pronto todo el ejército por la corriente de la opinion triunfante, nombró sus gefes y redactó un mensaje respetuoso, pero imperativo, para imponer al rey la Constitucion de 1812. Solo Cádiz cerraba sus puertas á los conjurados. El general Freire, nombrado por el rey en reemplazo de Calderon, reunia un ejército para cercar la isla de San Fernando y ahogar la rebelion en su gérmen. Riego salió de alli con una columna expedicionaria para insurreccionar las provincias inmediatas; pero recibido en unos puntos con entusiasmo y en otros con resistencia, se escapaba no sin trabajo de los destacamentos todavía fieles, que le perseguian y obligaban á marchar con la mayor rapidez; así es que en muy poco tiempo se halló en Málaga, cuya ciudad sublevó, midiendo sus armas contra don José O'Donnell, hermano del conde de Labisbal; se replegó en desórden y perdió parte de sus soldados por la desercion, y atravesó la provincia de Córdoba al frente de 300 hombres estenuados de cansancio, única fuerza que le quedaba, recibiendo alli inútiles aclamaciones y algunos subsidios; pero ostigado por fuerzas superiores, y no pudiendo ya hacer otra cosa que arrastrar su columna diezmada á su perdicion, licenció á sus oficiales y á sus soldados, señalándoles por punto de reunion la Coruña. La insurreccion, hasta entonces puramente militar, se habia estinguido en vez de encenderse en aquella expedicion. Fortificada por Quiroga entonces la isla de San Fernando, se defendia á duras penas contra las tropas de Cádiz. Todo estaba suspenso,

asi en los ánimos como en los acontecimientos, y la insurreccion bloqueada por fuerzas cada vez mayores, parecia ahogada en su cuna, cuando la ciudad de la Coruña, á donde Riego habia dirigido á los hombres desbandados, se sublevó espontáneamente á su voz, y proclamó la revolucion dentro de sus muros. Galicia, Asturias y Aragon siguieron el movimiento de la Coruña, y la Constitucion fué proclamada en todas partes, hasta en Cádiz, donde es de lamentar la mucha sangre que se vertió á consecuencia de un choque accidental entre el pueblo entusiasta y las tropas irritadas por su derrota. La conmocion de aquellos movimientos en la circunferencia llegó hasta Madrid y se apoderó del espíritu de las tropas, y hasta de la misma guardia real. Vencido Fernando mas por la necesidad que por la conviccion, resolvió transigir con los pueblos, prometiéndoles instituciones representativas; pero las promesas no bastaban ya á satisfacer la impaciencia de un ejército y de una nacion que se habian levantado para reconquistar sus derechos; así es que estalló una insurreccion popular en Madrid debajo de los balcones del palacio real, la cual no cesó hasta que Fernando VII proclamó la Constitucion de 1812 y convocó á las Córtes. Aquella constitucion puramente republicana, porque habia nacido de la organizacion revolucionaria de una nacion sin gefe, durante la guerra de la independenciam, no conservaba de la monarquía mas que el nombre y el principio hereditario en la cumbre de instituciones puramente electivas. Pero Fernando no deliberaba sobre el lugar que se le dejaba en la Constitucion, pues apremiado por la necesidad se habia resignado á su suerte y la sufría. Reuniéronse las Córtes, y la Constitucion llevó al poder á todos los hombres sumidos en los presidios y en calabozos. La venganza apareció de nuevo bajo el nombre de la libertad, y las proscripciones se volvieron contra los que poco antes las mandaban. Quiroga, Riego y sus cómplices reem-

plazaron en el ministerio, á la cabeza de los ejércitos ó en los gobiernos de las provincias, á los ministros, á los generales y á los gobernadores que habian permanecido fieles á Fernando; éste no fué ya en su palacio rodeado de un respeto oficial, sino el cautivo y el rehen de la revolucion. Los motines fueron los golpes de Estado cotidianos de la muchedumbre. La demagogia reinó bajo el nombre de una monarquía humillada. El rey, como todos los reyes que quieren continuar reinando sobre los revoltosos y por medio de ellos, no conoció que despues de un destronamiento real, el sepulcro ó la proscripcion son los únicos asilos de su dignidad. Prestó forzosamente su nombre á los actos de sus enemigos, compadecido por los unos, odiado por los otros y sospechoso á todos. La Europa, á escepcion de Francia y la Inglaterra, protestó por medio de notas diplomáticas severas, contra aquellas concesiones de la debilidad á la fuerza, y presagió lo impracticable y los desastres en germen de aquella constitucion. El ejército de Cádiz no quiso disolverse á la voz de las mismas Córtes y de Quiroga, que se habia hecho moderado desde que era victorioso. Riego, continuando el papel de tribuno de los soldados, tomó el mando revolucionario, queriendo vigilar con las armas los actos de las Córtes y sustituir la dictadura de los campamentos á la ley civil. Destituido por las Córtes y llamado por los clubs, vino á Madrid á triunfar de las leyes ultrajadas y á servir de bandera á los mas exaltados. Combatido por la energia de los ministros, se vió obligado á retroceder delante de la constitucion que violaba despues de haberla instalado. Desterrado de la capital, fué á llevar á su provincia las quejas, las conjuraciones y la venganza de sediciosos comprimidos. Esta derrota del primer tribuno no fué mas que una ráfaga de orden y de paz en el reinado constitucional de Fernando; pues fluctuando pronto entre los ministros revolucionarios y los que eran sospechosos de realismo á la revolucion, sufrió de sus ministros nuevos

ultrages y de su pueblo nuevas violencias. Pasó por todas las fases de Luis XVI, menos el cadalso. Retirado por un momento al Escorial, palacio de recreo demasiado próximo á las insurrecciones realistas, que se armaban ya en su nombre en las provincias fieles, se vió obligado á volverse á Madrid, instigado por sus ministros, para sufrir allí, como la familia real en Versalles el 6 de octubre, la invasion y las intimaciones de los clubs. Todos sus amigos y hasta su confesor fueron espulsados. Sus guardias, cercados por el pueblo, sucumbieron unos en la refriega que sostuvieron para defender el palacio, y otros fueron desterrados por haberlo defendido inútilmente. Durante estas convulsiones intermitentes de la capital, los realistas y los frailes sublevaron los Pirineos y la Cataluña en favor del poder absoluto y de la religion esclusiva; los republicanos, instigados por algunos emisarios franceses, tramaban la republica en Zaragoza; Riego corria á aquella ciudad para volver á tomar el papel de agitador en jefe de su patria; pero el pueblo indignado le cerró las puertas y prendió á los facciosos estrangeros. Los mismos gefes de las Córtes sufrían á su vez la inconstancia y los cambios de la popularidad en Madrid. El conde de Toreno, orador célebre, y Martinez de la Rosa, poeta, orador y patriota, victimas los dos del poder absoluto, y salidos de las prisiones para venir á dominar con su talento en las Córtes, ya sospechosas de moderacion y tibieza en la libertad, se salvaban no sin gran trabajo del furor de la plebe. La sangre de los exaltados y de los moderados corria en todas las poblaciones. Las partidas *de la fé* recorrían la Navarra y el Aragon, á las órdenes del cura Merino y del general Quesada, mientras que en Urgel se formaba un gobierno realista, nómada é insurgente, bajo el nombre de *Regencia suprema de España*, poniéndose á su cabeza el marqués de Matallorda y el baron de Eroles. Mina, proscrito por Fernando, volvia, como Coriolano, de su destierro en Francia á su pa-

tria, y atacaba en su propio nombre á las insurrecciones realistas por medio de insurrecciones liberales. Levantaba tropas, imponia tributos, despojaba los arsenales de Barcelona y repelia hasta Francia á los ejércitos de la Fé. Tres guerras civiles asolaban é incendiaban las provincias. Una asamblea impotente, ministros insultados, un rey cautivo, una capital turbulenta, un país desgarrado en facciones, una muchedumbre dominada alternativamente por los demagogos y los frailes, tan pronto armada del puñal de los asesinos, como llena del estupor de las victimas; tal era la España en los momentos en que la conspiracion liberal de Paris, prelude de aquellas agitaciones de la Península, anudaba en Paris, Nantes y Alacia, las tramas militares y populares, que respondían desde el seno del *comité director* á las leyes represivas del ministerio. Las reuniones de la capital, las sociedades secretas, los discursos revolucionarios, los folletos virulentos, las alusiones siniestras y las hojas volantes, disfrazando sus escitaciones incendiarias bajo la forma de una oposicion legal, eran en Francia otros tantos ecos de las tramas concertadas con los republicanos de Zaragoza y los exaltados de Madrid. La revolucion se estendia al través de los Pirineos y los Alpes.

Un acontecimiento inesperado vino á redoblar sus fuerzas y dar á las esperanzas de los unos y al terror de los otros uno de esos sacudimientos que conmueven á todo el continente. La Italia, adormecida al parecer bajo la dominacion de sus reyes y bajo la tutela armada del Austria, se agitaba de uno á otro extremo, y en muy pocas semanas de intervalo, Nápoles y Turin se respondían por medio de dos insurrecciones militares y con un solo grito de constitucion!

HISTORIA
FAC. DE MED. U. N. B. L.

Hace algunos siglos que la Italia es la gran calumnia del mundo moderno. Diríase que los pueblos del Norte se vengan del yugo que les impuso en otro tiempo, y del horror de los muchos atentados que con ella cometieron, afectando desprecio á su carácter, y queriendo impedirle que se estime á sí propia deshonrándola. Ese desprecio revela cobardía, ignorancia é injusticia. La Italia ha sido siempre y sigue siendo la tierra privilegiada de la naturaleza y de la humanidad; la savia viril de sus grandes siglos no ha degenerado ni se ha agotado. Arrastrada por la caída irresistible del mundo viejo en la decadencia del imperio universal que habia fundado, ninguna nacion en la tierra ha soportado sin disolverse y envilecerse tan largo destronamiento. Su gloria, su religion, su genio, su nombre, su lengua, sus monumentos y sus artes, han continuado reinando despues de su fortuna. Solo ella no ha tenido edad de tinieblas civiles despues de su edad de dominacion por las armas. Ella ha sometido á sus cultos, á sus leyes y á su civilizacion á los bárbaros que la conquistaban; profanándola, la sufrian; vencedores, mendigaban de ella sus leyes, sus costumbres y sus dioses. El continente casi entero no es mas que una colonia intelectual, moral y religiosa de aquella madre patria de la Europa, del Africa y del Asia. La edad media la destruyó sin disolverla. Sus pedazos, divididos en pequeños principados ó repúblicas, conservaron las palpitaciones, el vigor, el movimiento y la energía de las grandes nacionalidades. Tuvo épocas de anarquía y de grandes convulsiones; de virtudes, crímenes y heroísmos grandiosos como sus ruinas. Su renacimiento bajo la dominacion de los papas, de los Médicis, de su casa de Ferrara, de sus aristocracias

de Venecia, de sus democracias de Génova, de sus teocracias de Roma, de su principado comercial de Florencia y de sus paladines de Nápoles y de Sicilia, fué el renacimiento de la Europa. Al encenderse, iluminó al universo. Guerra, política, literatura, comercio, artes, navegacion, manufacturas, diplomacia, todo emanó de la Italia. Sus nombres se asemejan á esas dinastías eternas, á quienes la naturaleza ha dado la supremacia en todos los dominios del espíritu humano; así es que los Sisto V, los Leon X, los Cosmes, los Tassos, los Dantes, los Maquiavelos, los Miguel Angel, los Rafael, los Petrarcas, los Galileos, los Dorias y los Cristóbal Colon se transmiten todavía hoy el cetro que ninguna otra nacion ha podido arrancar á su raza. Sometida en los últimos siglos al Austria; interesada en domarla para subyugarla completamente, y á la casa de los Borbones de España, dinastías supersticiosas, vireinatos del a España ó de la Alemania; á los papas, que dejaban la dominasen las potencias á fin de conservar su favor; á las aristocracias viciosas, bastante ricas para corromperla, pero demasiado débiles para hacerla aguerrida, y en fin, á un clero que pactaba para aumentar sus riquezas con la servidumbre; la Italia, rica, poblada, feliz por los sentidos, humillada por el alma, se adormecía, pero no se resignaba.

Durante su sueño la penetraba el espíritu nuevo por todos sus poros. En ninguna parte de Europa, exceptuando Francia, tenían mas sectarios que en Italia las ideas de tolerancia y de emancipacion para los cultos, de libertades civiles, de igualdad de las clases, de instituciones representativas, de gobierno espiritualista de los pueblos y de la expresion del pensamiento por medio de la tribuna ó de la imprenta para concurrir á los progresos de la humanidad, contándose sobre todo mayor número de sectarios en la cabeza del país, en el consejo de los príncipes, en las córtes, en el clero, en las escuelas, en los talleres de los artistas, en los escritores, en los poe-

tas y hasta en los templos. En sus pompas sacerdotales la Italia era filósofa; en su despotismo era liberal; bajo su desmembramiento era patriótica y tendía por todos sus instintos á esa unidad nacional ó federal, única resurrección posible de su fuerza y de su grandeza. Roma, por su situación geográfica y por su institucion teocrática que la condena á ser la vasalla política de los soberanos estrangeros cuando no puede tenerlos por vasallos, era el obstáculo eterno á aquella unidad. La dominacion espiritual de la iglesia que habia constituido en otro tiempo el poder de los italianos, formaba ahora su esclavitud. Una neutralidad obligada en Roma disuelve toda nacionalidad enérgica y armada en Italia.

La revolución francesa habia sorprendido á la Italia en este progreso del espíritu nacional y filosófico que le hacía saludar la regeneracion de la Francia. El horror al Austria, tiranía mas odiada porque le era mas pesada, y el temor al yugo francés, sustituido al yugo germánico, equilibraban sus instintos. Sus simpatías, sin embargo, triunfaron de sus temores. La invasion de la Saboya por Mr. de Montesa, quien en tiempo de la Convencion y la bajada de los ejércitos de la república al Piamonte habian sido saludados por los filósofos y por los patriotas italianos como presagios de emancipacion del yugo teocrático y de independencia del yugo del Austria. La nobleza, las clases literarias, artísticas é industriales habian saludado al astro libertador de la Francia, desde Niza hasta Milan y desde Chambery hasta Roma y Nápoles. Los estragos mismos de aquella tierra convertida en campo de batalla de los ejércitos del Norte y francés no habian desanimado á la Italia. Sabia que los pueblos sometidos no rescatan su libertad y su decoro sino á costa de algunos sacrificios. Las victorias de Bonaparte que la reconquistaban para la Francia parecieron á los italianos otros tantos triunfos que la reconquistaban para sí mismo. Aquellos polacos del Mediodía se lisonjeaban de que el

vencedor del Austria los constituiria en nacion unida ó federativa despues de haberlos emancipado. La política egoista y conquistadora de Bonaparte triunfó allí como en Polonia sobre la política magnánima desinteresada que regenerando á la Italia habria resucitado á un gran pueblo aliado, reconocido y vasallo de la Francia, en vez de darle súbditos humillados y tímidos. Napoleon habia gratificado á su cuñado Murat con un reino débil é impotente en Nápoles, á su hijo adoptivo Eugenio Beauharnais con un vireinato precario en Milan, á su hermana Elisa Baciocchi con un principado en Toscana, á su otra hermana Paulina Borghese con un gobierno general en el Piamonte; Génova y Venecia y la misma Roma habian llegado á ser despojos desgarrados de la Italia y de las ciudades imperiales, Milan un cuartel general del ejército francés, y la Saboya un departamento francés; el papa como los duxes, reemplazado el Vaticano, no por un gobierno romano, sino por un gobierno francés, arrancado de la capital del catolicismo, vagaba de pueblo en pueblo en un cautiverio apenas disfrazado. Los tesoros de la Italia y las obras maestras de sus museos servian para enriquecer ó adornar el tesoro ó los palacios del emperador. Sus hijos nutrian las filas de los ejércitos franceses y derramaban su sangre en el Norte por una causa que no era ni la de su independencia ni la de su libertad. La ambicion de un hombre y el orgullo de su monarquía militar universal se habian interpuesto fatalmente entre el genio de la Italia y el de la Francia de 1789, que no aspiraban mas que á unirse para fortificarse el uno por el otro; pero unirse en la libertad no en la esclavitud. De este modo el reflujo de la Europa contra la usurpacion universal de Napoleon llegó á parecer una emancipacion de la Italia. Tirano por tirano preferia á los antiguos y los mas débiles. El tratado de Viena le habia devuelto el pontífice y sus príncipes. El Austria, dueña del Milanesado, usurpadora de Venecia, protectora de la Toscana,

había desplegado en el congreso tanto cuidado por fraccionar de nuevo la península como Napoleón para conquistarla; ninguna de aquellas potencias restauradas, casa de Nápoles, papado, casa de Toscana, casa Cerdeña, era bastante preponderante para dar á la Italia la señal de la independencia y para inspirar al Austria el temor serio de una emancipación espontánea contra su dominación.

XXV.

Empero las ideas filosóficas y nacionales que había burlado y desalentado la Francia en Italia durante el reinado de Napoleón, no habían muerto. Comenzaban á palpar de nuevo al contacto de las libertades de la tribuna y de la imprenta francesas, desde que el gobierno representativo, importado otra vez en Francia por Luis XVIII, tenía su eco y su emulación en Nápoles, Roma, Génova y Turin. La explosión revolucionaria de España para libertarse del sistema monacal y del despotismo de la corte había conmovido á la Italia. El yugo político del sacerdocio parecía allí mas intolerable á los espíritus desde que había sido roto y se sentía la impaciencia de acabarlo de romper. La administración francesa, superior en mecanismo á las administraciones débiles y quisquillosas á la vez de los gobiernos restaurados, había dejado allí ejemplos y recuerdos que obligaban á echarla de menos. En fin, la juventud militar de la Italia, acostumbrada á la guerra en las campañas de Napoleón, contaba á multitud de generales, oficiales y soldados valientes y aguerridos que se indignaban de su ociosidad presente y que se sentían capaces de pelear y emancipar á su país. A todas estas fermentaciones de espíritu público y del espíritu nacional en Italia se juntaba la influencia sorda, pero creciente, de las sociedades se-

cretas. Los mas numerosos y temibles de estos afiliados eran los *Carbonari*, ejército subterráneo del espíritu público. Cuando las ideas no pueden salir á la luz del sol se organizan en la sombra. El misterio es la fuerza de los oprimidos.

XXVI.

El carbonarismo, cuyo origen se pierde en la noche de la edad media, como la francmasonería de que fué alternativamente aliado y enemigo, era una especie de jacobinismo italiano. Tenía sus iniciados, sus doctrinas, sus reuniones secretas, sus correspondencias de provincia á provincia, sus consignas y su administración oculta; gobierno tenebroso en el gobierno oficial. Cristianismo filosófico, patriotismo exaltado y republicanismo antiguo, fanático y algunas veces declamatorio como el de los girondinos en Francia ó de los amigos de la libertad en Alemania, eran el alma, la fórmula y las ceremonias del carbonarismo. No hacía distinción de rangos, de profesión, ni de clases; iniciaba á los ricos, á los pobres, á los aristócratas, á los plebeyos, á los militares, á los sacerdotes y al pueblo. Era la igualdad del espíritu común. Sus iniciaciones no tenían nada de sospechoso para los mismos gobiernos; así es que multitud de agentes suyos se afiliaban en la sociedad. Nada era mas irreprensible que sus dogmas, mas pueril que sus ceremonias ni mas leal que sus juramentos. Su único peligro aparente estaba en su mecanismo, en su organización, en su número y en la dirección irresponsable y simultánea que algunos hombres ocultos detrás del velo de su gerarquía suprema podían dar con una palabra á sus tendencias y á sus actos. Inocente hoy, podía ser culpable é irresistible mañana, pues este es el peligro que ofrecen las asociaciones numerosas favorecidas por los gobiernos débiles,

que creen adquirir, sosteniéndolas, el poder de derribarlas. Mas de un millon de hombres en las Calabrias, en las provincias y en el ejército de Nápoles estaban afiliados en el carbonarismo. El mismo rey Fernando; sus hijos, y la reina Carolina de Nápoles, su esposa, se habian iniciado en aquella secta durante su largo destierro en Sicilia. Ellos tenian los hilos de aquella sociedad en sus manos y por medio de ella habian fomentado la insurreccion permanente de la Calabria contra los franceses y contra Murat, intrusos en su reino, extranjeros en su patria y usurpadores de su trono. Al volver el anciano rey Fernando á Nápoles despues de la caida de Napoleon, organizó militarmente en milicias locales á los carbonarios de las Calabrias, armando de este modo con la fuerza pública á los que la organizacion preexistente de su secta armaba ya con la fuerza oculta de su asociacion. El espíritu liberal que soplabá de Francia, Inglaterra, Sicilia y España sobre las costas de Italia, los contagió pronto con su influencia, y los generales y oficiales del ejército disuelto de Murat les animaron con el fuego de sus resentimientos; así es que los abusos del gobierno, los vicios de la corte, la opresion inquieta del clero y el envilecimiento de la Italia bajo el mando de príncipes débiles ó cómplices del extranjero llegaron á ser el texto de sus discursos, y la reparacion de estos agravios, la resurreccion de un patriotismo italiano y el establecimiento de una constitucion el obtejo ostensible y declarado de sus reuniones. El ejército, mandado en parte por los antiguos lugar-tenientes de Murat, se asociaba á estas tramas murmurando contra la corte que habia vuelto á Nápoles con los emigrados y con los consejeros del terror realista de 1789. El rey habia envejecido en el destierro, instrumento pasivo de las pasiones de la reina Carolina su muger. Amábale el pueblo, era juguete de los grandes y objeto de burla y desprecio para los soldados. Entregado á las mugeres y á los curas era inca-

paz de resoluciones fuertes y si solo de astucias y cambios inesperados, príncipe degenerado, en quien la educacion supersticiosa y la adulacion servil ahogaban la naturaleza. La caza en los boques de Caserta, *Escorial* de la dinastía de Nápoles, y la pesca en su hermoso golfo con los *lazzaroni*, plebe feliz y trivial de su capital, el amor y las ceremonias del culto se disputaban sus ratos de ocio y sus placeres. El Austria, aliada de su corona y dominadora de su reino, ejercia alta influencia en sus consejos, dirigiendo su gobierno el caballero de Médicis, hombre de vasta inteligencia, pero de tímida voluntad y escaso valor, mas propio para los tiempos pacíficos que para los momentos de revolucion.

Este ministro, incrédulo con respecto á los peligros del carbonarismo, habia cometido la misma falta que los ministros del rey de España en Cádiz el año anterior. Habia formado su campo de observacion en Cessa, aglomerando así todos los elementos de la insurreccion militar sobre un solo punto del reino, como para facilitar á los conjurados los medios de entenderse, concertarse y medir sus fuerzas. Así es que al dejar el campo los diferentes cuerpos del ejército llevaron á sus respectivos acantonamientos la conviccion de su número, de su espíritu unánime y la certidumbre de ser seguidos en el momento en que una ocasion oportuna favoreciese el pronunciamiento del pais. Nápoles aguardaba á su Riego.

XXVII.

Un alférez de caballería, llamado Morelli, acantonado en Nola, provincia de Avelino, intermedia entre Nápoles y las Calabrias, fué el primero que dió la señal al ejército: el 2 de julio de 1820 al rayar el día montó á caballo y se puso al frente de unos cien soldados de su re-

gimientos iniciados en los carbonarios por un canónigo de Nola, llamado Menidisi, y seguido de aquel sacerdote y de un puñado de carbonarios, avanzó hacia la ciudad de Avelino, ocupada por otros cuerpos de tropas, á los gritos de *Viva Dios! viva el rey! viva la Constitucion!* Mandaba á la sazón las tropas en Avelino el coronel Conciliis, de ilustre nacimiento y uno de los mas ricos de aquella provincia, iniciado tambien en el carbonarismo, pero indeciso todavia sobre la hora y ocasion del pronunciamiento. Inquieto y descontento tal vez con la insurreccion prematura de Morelli, delibera y vacila sobre las armas. La insurreccion se detiene y fluctúa un momento. El rey, que surcaba á la sazón las aguas del golfo para ir á recibir á su hijo el duque de Calabria, que venia de Sicilia, sabe á bordo de su navio la audacia y los primeros triunfos de Morelli. Comprende el peligro de la primera chispa en un reino minado por conjuraciones subterráneas; teme poner el pie en la playa, hasta que le deciden á ello las satisfactorias noticias que recibe sobre la resistencia de Conciliis. Entra en su palacio acompañado de su hijo y de toda su servidumbre; sucedense los consejos, y el general Guglielmo Pepe, soldado popular del ejército de Murat y que manda en jefe la provincia, recibe la orden de marchar para Avelino; pero apenas se da esta orden, es revocada y se envia en su lugar al general Carascosa. Pepe se indigna con aquella desconfianza que le arranca la ocasion de servir de árbitro, cual otro La Fayette, entre el trono, el ejército y el pais. Parte en secreto á pesar de la corte, sorprende y arrastra tras sí en las puertas de Nápoles un regimiento de caballeria á los gritos de *Viva la Constitucion*, siembra el espanto en el palacio, la agitación en la capital y la alegría en el corazón de los conjurados. Carascosa, fiel al rey, pero popular entre los liberales, quiere conciliar su deber con aquella popularidad y pierde las horas en Nápoles reflexionando sobre su union. Entretanto, el tiempo, que es el elemento de las

revoluciones ó de las represiones, se pasa y se consume. Morelli logra sublevar con su destacamento los pueblos y campos inmediatos, y en una entrevista nocturna y secreta se pone de acuerdo con el comandante de Avelino, Conciliis. Sublevado ya este coronel quiere insurreccionar tambien á su provincia; llama y reúne las tropas y las milicias so pretexto de cerrar las puertas de la ciudad á los insurgentes, aunque en realidad para abrirlas. Toda la provincia y las tropas mandadas por Conciliis se declaran en insurreccion contra el gobierno absoluto. Morelli y Conciliis forman un campamento constitucional sobre las alturas del Avelino. El general Pepe llega desde Nápoles, no para combatir, sino para autorizar y dirigir el movimiento con su presencia. La noticia de la defeccion del jóven general se propala y arrastra á la insurreccion á las ciudades, á las guarniciones y á las provincias inmediatas. Los carbonarios se levantan con las milicias, como un pueblo invisible hasta entonces, en medio de un pueblo atónito y asombrado. Pepe, respetuoso en sus palabras, pero resuelto en sus actos, los forma en columnas y anuncia su marcha sobre la capital. Nápoles, que no esperaba mas que un jefe y una señal, se agita y entusiasmo á la aproximacion de los conjurados. Una diputacion de los carbonarios, de la nobleza y del pueblo penetra en el palacio é intima al rey que promulgue la Constitucion. El príncipe otorga las instituciones impuestas y pide solamente que se le dé tiempo para discutir las con sus ministros. Uno de los tribunos señala con el dedo á la manecilla del reló, y concede dos horas solamente á la corte para cambiar las instituciones del pueblo. Sometido y humillado el rey de este modo, separa á sus ministros, nombra á otros del agrado de la muchedumbre, publica un manifiesto prometiendo la Constitucion para dentro de ocho dias, y resigna provisionalmente el gobierno en las manos de su hijo, el duque de Calabria. Formado este príncipe desde su infancia en las intrigas de corte en el

palacio de Palermo entre los ingleses, los liberales y su madre, era mas á propósito que otro cualquiera para hacer doblegar astutamente un poder vencido por una revolución; pero que meditaba reconquistar para sí por la astucia y la fuerza. Apartado de los negocios, ilustrado, estudioso, elocuente, hábil en adular á los partidos y en adormecerlos, su reputacion de liberalismo le hacia simpático al pueblo y al ejército; pero respetuoso en el fondo para con su padre y mas solícito de salvarle su corona que de tomarla prematuramente para sí mismo, el duque de Calabria era el negociador natural entre el trono y los constitucionales. Para calmar instantáneamente la impaciencia tumultuosa del pueblo que rodeaba el palacio, promulga la Constitucion de las Cortes de España, vociferada á falta de otra por los grupos. El pueblo satisfecho se apodera de la promesa, sin saber lo que contiene el texto de aquella constitucion, sabiendo solamente que en Madrid significa el triunfo sobre la corte, la humillacion del rey y la victoria de la libertad popular sobre el despotismo monárquico y sacerdotal.

XXVIII.

Entretanto el general Pepe avanzaba sobre Nápoles á la cabeza del ejército, de las milicias y de los carbonarios de las provincias sublevadas. La revolucion lo habia proclamado su gefe, y debiendo este nombramiento mas bien á la casualidad que á las conjuraciones, era una feliz fortuna para el trono y para la revolucion simultáneamente. Era el Riego poderoso, pero involuntario y moderado de la Italia. Nacido en Calabria, de una raza militar de aquella provincia, la mas agrícola y belicosa del reino, vigésimo hijo de una familia rica y popular en aquellas montañas, educado en la sencillez y en la disci-

plina de esas costumbres rurales que forman á los labradores y á los soldados, aguerrido desde la infancia por aquellas disensiones intestinas de los partidos que luchaban á mano armada en las Calabrias desde la revolucion de 1794, habiendo entrado en el servicio con muchos hermanos suyos, distinguiéndose por su valor, ascendido de grado en grado por Murat en los campos de batalla de la Francia hasta el rango de general de division, fiel á aquel príncipe hasta que abdicó, acogido por Fernando, gobernador de provincia y comandante de un cuerpo de ejército desde la Restauracion; jóven todavía, de figura agradable á la multitud, con un nombre querido de los soldados, de opiniones liberales, aunque templadas por el honor, que daban á un mismo tiempo garantías á la libertad y á la corona, y servido por una insurreccion que le tomaba por gefe, sin haberle tenido por cómplice, el general Guglielmo Pepe se parecia á La Fayette, equilibrando el año 90 la república y la monarquía en sus manos, árbitro armado del rey y de la nacion. Empero, aun cuando habia sido el primero en tomar la responsabilidad de aquel papel de árbitro entre el ejército, el trono y el pueblo, el general Pepe era mas ambicioso de fama que ávido de dominacion sobre su soberano; pues no se habia captado la popularidad por halagar á la anarquía, ni arrancado al rey de su palacio para aprisionarlo en su capital, ni perseguido á la familia real fugitiva para traerla y entregarla á sus carceleros. Una fidelidad condicional á su rey, instituciones progresivas á su pais, la señal de la independencian italiana dada para emulacion y ejemplo á la peninsula, una dictadura breve y prontamente abdicada delante del príncipe y de las leyes; tales eran el instinto y el carácter del dictador.

El 7 de julio entró en Nápoles á la cabeza del ejército y de las milicias, despues de haberse concertado secretamente con el duque de Calabria. Su numeroso acompañamiento se asemejaba tanto á una sedicion disciplinada